

EDITORIAL

Decidir una profesión no es nada fácil, sobre todo en estos días de incertidumbres y pocas fuentes de empleo con salarios dignos. Más difícil todavía es acceder a una actividad donde se pueda servir de puente entre el conocimiento y la sociedad que paga sus impuestos. No hace falta recordar que a pesar de ser la docencia "una labor de servicio", en nuestro país es una ocupación no valorada y mucho menos remunerada adecuadamente.

Hablar de divulgación de la ciencia, es decir, de llevar a un público amplio el conocimiento que se está generando como resultado de la investigación, o poner al alcance de las mayorías, información científica que finalmente pueda servirle para formarse, discutir o decidir, empezó a cobrar importancia hace muy poco tiempo, de manera que el desarrollo de profesionales en este campo es realmente incipiente. La verdad es que los que hacemos de este trabajo nuestra principal actividad, nos hemos o nos estamos formando en el camino, y poco o nada hemos reflexionado sobre la trascendencia de nuestro trabajo.

El I Congreso Nacional de Divulgación de la Ciencia, celebrado en Morelia, Michoacán, en abril pasado, es una muestra de que si la comunidad científica en este país es pequeña, la de sus divulgadores lo es mucho más. Y como en cualquier reunión que se hable de cultura, las discrepancias afloran a cada paso.

Un divulgador con experiencia de muchos años planteaba que los divulgadores de la ciencia debemos comenzar por autoevaluarnos y convencerlos de que lo que hacemos vale la pena. No está de más decir que después de autoevaluarnos tenemos que pugnar porque nuestro esfuerzo sea reconocido. Es cierto que como en el caso de los educadores o de los artistas, finalmente son los alumnos o el público quien debe juzgar su obra, pero desgraciadamente en este mundo material, los sueldos y apoyos económicos que respalden el trabajo son, en lo concreto, las cartas que deciden el juego.

Como siempre, unos cuantos, los elegidos por alguna sucesión administrativa que les es favorable, intentan hacer sentir al resto (la mayoría que apenas sobrevive), que todo está bien, que la divulgación es la actividad del futuro, que algunas reediciones de textos sobre ciencia en un país de más de un millón de lectores potenciales hubiera hecho el milagro, y que desde su Olimpo en las esferas de decisión "se está empezando a tomar en cuenta el trabajo de divulgación".

Un ejemplo concreto. Ya lo dicen los tabuladores de los estímulos al "trabajo académico" en la UNAM: la divulgación sólo puede valer una mínima parte en el quehacer universitario.

Y los divulgadores de la UNAM, enfermos de "puntitis" desde el año pasado, enfrentamos una política académica que pareciera decir: "deja de soñar; en el mejor de los casos dedícate a investigador, si es que encuentras una plaza disponible, o mejor olvídate de pensar que la ciencia juega un papel preponderante en la vida diaria y que las personas requieren de información accesible y adecuada, y vete a la iniciativa privada, donde seguramente te preguntarán con qué se come eso de la divulgación de la ciencia".

Pero no creamos que somos los únicos, en todas las universidades del país, y en muchas ramas académicas sucede lo mismo.

¿Desesperanzador futuro para quienes han elegido esta profesión?

Revistas y espacios en los periódicos, canales culturales, programas de radio y cine y otros tantos medios de divulgación, serían las herramientas naturales para que se desarrollara esta labor. Sin embargo allí mandan los intereses comerciales por encima de cualquier otra consideración, y rara vez le dan entrada a la difusión de la cultura. Así pues los hechos son los que hablan, pero detrás de los hechos debe existir el apoyo presupuestal. ¿Será posible alcanzarlo?